



## LOS LÍMITES DE LA IRONÍA

ALEJANDRO GAVIRIA

**U**NA PROPUESTA MODESTA PARA prevenir que los hijos de los pobres se conviertan en una carga para sus padres, y para hacer que sean un beneficio para el público general es un ensayo satírico, escrito por el escritor irlandés Jonathan Swift en 1729. Casi 300 años después mantiene (estilísticamente, digamos) cierta vigencia. Sigue siendo imitado, parodiado cada vez que un comentarista político quiere, por ejemplo, denunciar los excesos utilitaristas, los deslices éticos o las amenazas a la dignidad humana de una política pública o un pronunciamiento oficial. Swift logró lo impensable, que sus obsesiones políticas locales, específicas, sus textos rabiosos, casi con nombre propio, perduraran en el tiempo. Un milagro del estilo.

En el texto en cuestión, Swift propone que, con el fin de aliviar su acelerado empobrecimiento, las familias irlandesas más pobres vendan sus hijos como comida a las familias adineradas, a los ricos y poderosos. Swift no se queda en una propuesta general. Incorre en

la minucia. Brinda detalles sobre la culinaria del asunto y ofrece cálculos precisos sobre sus ventajas financieras. La propuesta se hace en términos técnicos, en un lenguaje neutral, sosegado. Pero la ironía es evidente. El narrador es uno, el proponente es otro.

La ironía es, en este caso, un instrumento retórico para denunciar el mercantilismo de la época, los incipientes intentos tecnocráticos del siglo XVIII, la racionalidad en los medios y el consecuente desprecio por la dignidad humana. En los *Viajes de Gulliver*, Swift había imaginado una isla flotante, una especie de república artificial, administrada según los preceptos científicos más rigurosos. El nombre de la república, escrito en español, no dejaba mucho margen para la imaginación, *Laputa*. Una propuesta modesta es un desarrollo de la misma animadversión.

La frase “Una propuesta modesta” se convirtió, sobre todo durante la segunda mitad del siglo xx, en una frase de cajón, en una manera de contarles a los lectores que las intenciones del autor son irónicas y no deberían, por lo tanto, intentarse una lectura literal del texto subsiguiente. El título hace de entrada una advertencia: “ironía, no tomar en serio”. Así lo dice Wikipedia (esa forma emergente y contingente de sabiduría colectiva). Y así lo creí yo cuando, hace unos años, intenté (sin éxito) una ironía swiftiana.

La historia es sencilla. En 2012, en medio de una gran crisis fiscal de los países europeos, leí dos artículos de prensa que me llamaron la atención. El primero era una noticia publicada por *El País* de España sobre un reporte del Fondo Monetario Internacional que proponía una reforma radical a los sistemas de seguridad social europeos. El reporte era de una crudeza infrecuente. Llamativa. Casi deshumanizante. El Fondo Monetario reclamaba, entre otras medidas, un recorte a las prestaciones y un aumento a la edad de jubilación ante “el riesgo de que la gente viva más de lo esperado”. “Vivir más es bueno, pero conlleva un riesgo financiero importante. Nos va a costar más como individuos, a las corporaciones y a los gobiernos. Por eso debemos preocuparnos ahora por los riesgos de la longevidad, para que los costes no nos atosiguen en el futuro”, decía uno de los autores del reporte. Sin rodeos. Sin ambages.

El segundo artículo de prensa, que había sido publicado unos meses antes, era una columna escrita por David Brooks, uno de los columnistas más leídos del *New York Times*. La columna tenía un título sugerente, *La muerte y el*

La ironía es, en este caso, un instrumento retórico para denunciar el mercantilismo de la época, los incipientes intentos tecnocráticos del siglo xviii, la racionalidad en los medios y el consecuente desprecio por la dignidad humana.

*presupuesto*. Brooks no tenía ninguna intención irónica. Todo lo contrario. La columna era seria, reflexiva, existencial si se quiere. Planteaba que una de las principales causas de los problemas fiscales de Estados Unidos tenía que ver con la extensión de la vida más allá de lo necesario, con el alto costo médico de una población envejecida y apegada a la vida (absurdamente en su opinión).

Una porción muy alta del gasto en salud va al cuidado de pacientes enfermos en las últimas fases de la vida. En 2005, los estadounidenses gastaron 91 mil millones de dólares en el cuidado de los pacientes con Alzheimer. En 2050, gastarán un billón.

En fin, el acabose.

Los dos artículos planteaban preocupaciones reales, problemas muy complejos, probablemente los problemas más complejos de las democracias modernas. Pero parecían soslayar las cuestiones éticas. Recurrían a un utilitarismo ramplón. Ninguno planteaba la complejidad de la situación: la tensión entre la dignidad humana y la esca-

sez de recursos, entre los derechos individuales y colectivos, entre una generación y la siguiente. Ninguno planteaba que nuestras democracias mediatizadas no están preparadas para enfrentar seriamente dilemas bioéticos. El asunto en cuestión no es tecnocrático. Involucra los valores máspreciados de la humanidad. En fin, estábamos ante una oportunidad swiftiana. Cabía plantear, entonces, una propuesta modesta.

En abril de 2012, escribí para el periódico *El Espectador* de Colombia una columna de prensa con ese título: un título que advertía casi todo (al menos eso pensaba yo ingenuamente). La columna hizo explícita la distinción entre el narrador (irónico) y el proponente (cínico). Una distinción que intentaba señalar las omisiones deshumanizantes del discurso sobre envejecimiento y crisis fiscal, pero, a pesar de las precauciones, retóricas, fracasó estruendosamente. Ya veremos. Vale la pena leerla de todos modos.

#### *Una propuesta modesta*

Por razones fortuitas, —probablemente un funcionario de una organización multilateral lo dejó olvidado en la sala de espera de un aeropuerto—, tuve acceso a un memorando confidencial que plantea algunas propuestas sobre cómo resolver la crisis fiscal del primer mundo. Transcribo el documento de manera casi literal. Solo me he tomado algunas libertades con la traducción.

1. El riesgo de envejecimiento es la principal amenaza para la sostenibilidad fiscal del mundo. En Inglaterra, por ejemplo, los estimativos oficiales proyectaban que, en promedio, una persona de 65 años de edad debería vivir otros 17 años. Pero los estimativos se quedaron cortos. La gente está viviendo tres años más de lo esperado, con consecuencias fiscales desastrosas. Tres años más de vida con respecto a las edades proyectadas implican un costo fiscal de largo de plazo del orden de 50 % del PIB. Reconocer y mitigar este

riesgo es un proceso que debe ponerse en marcha ahora mismo. Las reformas tradicionales tardarán muchos años en producir resultados. Nuevas reformas son necesarias.

2. El riesgo de envejecimiento no solo constituye una amenaza para la sostenibilidad de los sistemas de pensiones. También afecta la sostenibilidad de los sistemas de salud. Muchos de los problemas presupuestales del primer mundo tienen que ver con la intención absurda de extender marginalmente la duración de la vida de personas enfermas y mayores de edad.

3. La generación que causó la crisis tendrá que asumir el costo de su resolución. Los países desarrollados deberían, mediante un proceso participativo liderado por organizaciones científicas, determinar (e incorporar en sus constituciones) el valor de un año de vida adicional. Con base en este valor, los beneficios y los costos de los medicamentos y procedimientos médicos podrán ser claramente calculados. Si los beneficios son inferiores a los costos, el uso de recursos públicos debería prohibirse explícitamente. El valor de la vida no es infinito.

4. Al mismo tiempo, los países del primer mundo deberían imponer un límite etario para el pago de pensiones. Las personas de ochenta y cinco o más años deberían vivir por su cuenta y riesgo. Resulta muy oneroso para el resto de la sociedad asumir el costo de las distorsiones demográficas individuales. Algunos intelectuales públicos han señalado que las vidas cortas constituyen un imperativo ético. Los gobiernos deberían promover un diálogo sobre los costos sociales y las externalidades negativas de las vidas prolongadas. Muchos actores sociales desconocen estos costos.

5. Resumiendo: los países desarrollados han sobrepasado el nivel óptimo de envejecimiento. Por razones de justicia intergeneracional, los más jóvenes no deberían pagar por el exceso de años de vida de una generación privilegiada. Las reformas sugeridas para evitar un crecimiento insostenible de los costos de salud y pensiones son inaplazables.

Tal vez la columna fue demasiado verosímil. Pude haber mencionado, al final, como lo propuso el escritor inglés Martin Amis, que los gobiernos deberían, como un asunto de política pública, instalar unas cabinas de suicidio, dotadas con una jeringada de morfina y una copa de Martini para diluir las dudas existenciales de último minuto. O mencionado que la eutanasia debería ser una obligación para los pacientes con Alzheimer. No me alcanzó el espacio. Limitaciones del formato.

Sea lo que sea, la columna causó todo tipo de reacciones airadas. Un lector rabioso escribió al director de *El Espectador*: “¡Por favor! Así lo tilden de censurador, de enemigo de la libertad de prensa, etc., no permita que adefesios como el de esta columna vean la luz pública. Es una ofensa a sus lectores serios”. Cuatro meses después de haber escrito la columna, ya como ministro de salud, recibí un derecho de petición que me exigía retractarme públicamente de lo escrito. Algunos meses más tarde, un asesor de un senador colombiano trató de armar un escándalo menudo, una de esas explosiones de indignación que caracterizan las redes sociales en Colombia y el mundo.

Algunos conocían el escrito de Swift y celebraron la forma, el uso de la ironía para señalar los deslices éticos del mundo actual. Pero fueron una mino-

ría. Las barras bravas de la política, que pululan en las redes sociales, se caracterizan por una sordera completa a la ironía. El debate democrático, en su fase actual, en estos tiempos de intolerancia, pareciera solo admitir una postura, la indignación rabiosa. La ironía ya no tiene cabida.

En palabras del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez,

Me dirán que exagero, pero cuando uno piensa en los otros ámbitos de la vida donde la ironía no tiene cabida, se encuentra con ejemplos más bien inquietantes: la iglesia o las dictaduras. Ni en la una ni en las otras se permite el humor; en ambas se tiene una interpretación literal de las cosas. Una sociedad que no percibe una ironía tan flagrante como la señalada es una sociedad que ha comenzado a volverse ciega, a ver solo lo que quiere ver, a dejar de cuestionar lo visto o lo leído. Es una sociedad que ha comenzado a pensar en blanco y negro. Es una sociedad en regresión. ■

